

EL PADRE DEL TEATRO VENEZOLANO

DE: Sergio Arrau
Comedia

Personajes

Doña Eleuteria Ramírez, viuda de Coroto
Gualberto Faloppio
Sócrates Zorrilla

En el escenario: Mesa cubierta con un paño rojo o verde oscuro
Sobre ella: Banderita, jarra y vaso con agua, campanilla. Tres sillas.

Ingresan Doña Eleuteria Ramírez viuda de Coroto, Presidenta de la Aneipa (Asociación Nacional de Escritores Inéditos y Poetas Aficionados), Gualberto Faloppio, poeta premiado y Secretario de Cultura de la misma institución, y Sócrates Zorrilla, profesor y ensayista capitalino. Se disponen: Doña Eleuteria al centro el poeta a su derecha y el profesor a su izquierda. Este se sienta, pero al ver que no lo hacen sus acompañantes, se levanta puesto. Se sienta Gualberto, mientras saluda a alguien del público. Doña Eleuteria lo mira con severidad. Se levanta Gualberto y le ofrece asiento. Ella niega con expresión reprochante.

DOÑA ELEUTERIA: ¡El himno de la ANEIPA! (Gualberto se precipita fuera de escena. Al poco rato se oye un disco bastante gastado. Reingresa Gualberto. El himno es espantoso. Doña Eleuteria lo escucha embelesada. De pronto se empieza a repetir una misma frase musical. El disco está rayado. Doña Eleuteria hace un gesto de contrariedad a Gualberto, que sale. Ella sonríe al profesor, como disculpándose. Termina la música. Reingresa Gualberto. El profesor se sienta, pero al ver que los otros no lo hacen, vuelve a levantarse. Ambos hombres ofrecen asiento a Doña Eleuteria, que se sienta majestuosa. Se sientan los hombres. La señora toca la campanilla y carraspea.) ¡Se abre la sesión! (Consulta unos papeles y luego se levanta.) Señor Presidente del Concejo Municipal. Señor Prefecto del Distrito Señor Comandante de la Policía. Señor Párroco, Señor Director del Grupo Escolar. Estimados consocios. Distinguido público. Como Presidenta de la Asociación Nacional de Escritores Inéditos y Poetas Aficionados, ANEIPA, filial de esta ciudad, me es sumamente grato y honroso presidir esta acto artístico-cultural, que estoy segura llenará de honda satisfacción a todos nuestros asociados y público en general, público que ha tenido la gentileza de colmar hoy día nuestro modesto local. Modesto local, sí. Modesto materialmente, pero millonario en valores espirituales. A propósito lamento comunicarles que estamos debiendo tres meses de alquiler. Ruego, mejor dicho, exijo a los socios que se pongan al día en el pago de sus cuotas, única forma de seguir manteniendo este templo de cultura y arte. Todos sufrimos la crisis financiera, como látigo inclemente y procaz. Pero yo pregunto: ¿Dejaremos por ello morir la cultura en este pueblo, como flor que se deshoja pétalo a pétalo, debido a la ausencia del líquido elemento que la nutre?

GUALBERTO: (Golpeando la mesa,) ¡No!

D. ELEUTERIA: Por cierto que no, Gualberto. Vean, amigos, a este hombre, todo sensibilidad, como nervio descubierto ante el frío matutino, que no puede resistir el expresar su furia en forma espontánea. ¡Tengamos furia! ¡Defendamos el arte con el valor de nuestros antiguos héroes y próceres! (Gualberto aplaude entusiasmado. A regañadientes y por cortesía, lo hace el profesor.) Es preciso, necesario e imprescindible reunir fondos para salvar a nuestra institución filial... Filial, fiel a pesar de todo, hija de esa mala madre que está en Caracas, que no se preocupa de sus hijas fieles ni de sus fialies. De esa madrastra capitalina, que, como todo lo que viene de la gran ciudad, huele a vicio, a pecado... Es por ello, estimados consocios, que realizaremos una kermesse a fin de mes para reunir los fondos necesarios... espero. Estoy segura de que si trabajamos con bastante anticipación, pero más que nada con total dedicación... (Gualberto, que ha observado la cara de fastidio del profesor, toca un brazo a Doña Eleuteria.) ¿Sí? (Gualberto señala disimuladamente al Profesor Zorrilla) Ah, ya, a eso iba. Haremos una sesión especial para tratar este pinacular problema. En esta oportunidad estamos de plácemes, amigos todos del arte y la cultura. Tenemos aquí con nosotros una

1304

800c/nov/9

8046711

personalidad incuestionable. Como ustedes saben nos hemos reunido para deleitarnos con el célebre filósofo boliviano... (Fuerte tirón de manga de Gualberto.) ¿Qué pasa, Gualberto? (Este carraspea, Doña Eleuteria comprende y busca entre sus papeles). Como les decía... nos hemos reunido para escuchar a ... a, sí! a Andrés Bello, padre del teatro venezolano.

- PROFESOR: Disculpe, señora. El "tema" de mi conferencia es referente al padre del teatro venezolano, esto es: Don Andrés Bello
- D. ELEUTERIA: Ah, sí, desde luego, ¿Entonces usted no es el padre?
- PROFESOR: (Mirando abochornado al público) No, señora.
- D. ELEUTERIA: (A Gualberto.) ¿No es Andrés Bello? (Gualberto niega. Ella en secreto.) Entonces, ¿quién es?
- GUALBERTO: (También en secreto.) Un conferencista.
- D. ELEUTERIA: Por cierto. Bien. Como les decía, distinguidas autoridades que nos visitan, consocios y público en general... ¿Qué les decía? En fin, lo mejor será que haga la presentación y panegírico del padre del teatro venezolano, aquí presente...
- PROFESOR: ¡Señora, por favor...! ¡Yo no soy el padre del teatro venezolano!
- D. ELEUTERIA: ¿No? (Revisa sus papeles.) ¡Ah, por supuesto! La conferencia de hoy es: Andrés Bello, padre del teatro venezolano. ¿No?
- PROFESOR: Efectivamente, señora.
- D. ELEUTERIA: (A Gualberto.) ¿Se puso cartel?
- GUALBERTO: Está en la puerta, Doña Eleuteria.
- D. ELEUTERIA: ¿Y aviso? ¿Salió aviso en el periódico local?
- GUALBERTO: Con las faltas de ortografía acostumbradas. Pero no debemos quejarnos, ya que salió gratis.
- D. ELEUTERIA: No tan gratis, Gualberto. A crédito. A crédito de no sé cuantas arepas donde Doña Adelina Guerrero. Pero volviendo a nuestra reunión de hoy, estimadas autoridades, consocios y público en general: Dejaré con ustedes a nuestro laureado, querido y famoso en toda la región, a nuestro admirado poeta local Gualberto Faloppio. ¡Aplausos para él! Gualberto se encargará de presentar debidamente al padre del teatro venezolano.
- PROFESOR: ¡Señora!
- D. ELEUTERIA: Quiero decir, al distinguido conferencista. (Se sienta y se levanta Gualberto. Pero ella vuelve a levantarse.) Siéntate, Gualberto. (Este lo hace.) Quiero reiterar a los socios que se pongan al día en sus cuotas. De otro modo la próxima sesión de la ANEIPA tendremos que realizarla en la vía pública. A menos que el señor Presidente del Concejo Municipal aquí presente tenga a bien pagarnos la subvención pedida y otorgada hace ya largos ocho años, pero increíblemente nunca hecha realidad contante y sonante debido a la eterna disculpa acerca de la falta de fondos en las arcas fiscales. ¡Claro que para las borracheras sí hay fondos! Y sin ningún problema. Borracheras que se suceden semana a semana, de viernes a domingo, invariablemente. Y que conllevan la degeneración de la juventud y la decadencia de... (Gualberto tose, carraspea, le tira de la manga desesperadamente para evitar que Doña Eleuteria siga atacando a las autoridades presentes.) Está bien, Gualberto. No diré más. Callaré, en aras de la armonía nacional. Pero algún día hablaré fuerte, aunque rueden las cabezas. Escuchemos ahora al mimado de las musas, gloria de este suelo que lo vio nacer, Gualberto Faloppio. (Se sienta y se levanta Gualberto, mas Doña Eleuteria vuelve a levantarse.) Siéntate, Gualberto. (Este lo hace bastante corrido Olvidaba comunicarles una importantísima noticia. Doña Adelina Guerrero, consocia nuestra muy querida, me encarga informarles que muy pronto inaugurará una espléndida arepera en los bajos de su casa. ¡Y atención, atención! Ofrecerá una arepa de honor a todos los miembros de la ANEIPA, nuestra querida institución que mantiene heroicamente encendida la antorcha de la cultura en este rincón de la patria. ¡Un aplauso para Doña Adelina! (Luego del aplauso, ella se sienta.) Ahora sí, Gualberto. Éste se levanta, mirando cautelosamente a Doña Eleuteria por si ésta intenta levantarse.)

- GUALBERTO: Señor Presidente del Concejo Municipal, Señor Comandante de la Policía. Señor Párroco. Señor Director del Grupo Escolar. ¡Señora Presidenta de la ANEIPA, doña Eleuteria Ramírez, viuda de Coroto! (Aplauda entusiasmo, invitando al público a hacer lo mismo. Doña Eleuteria, con forzado aire modesto, se levanta. Gualberto teme que vaya a hablar por lo que, delicadamente la invita a sentarse.) Estimados consocios. Señoras. Señores. Yo no soy orador, ni la persona adecuada para presentar debidamente a nuestro ilustre conferenciante que nos ciega con su presencia. Todo el orbe lo conoce. Todo el mundo lo alaba. Todo el universo lo comenta. Mi pobre palabra de bardo provinciano no sabría expresar con precisión los altos merecimientos de nuestro digno invitado. Ustedes ven que debo hacer un verdadero trabajo de Hércules para presentarlo cercanamente a como se merece, puesto que no soy orador y por lo tanto incapaz de expresar conceptos adecuados que pinten a esta dilecta figura de las artes y las letras, este pináculo de la cultura, Olimpo del saber...
- PROFESOR: ¡Por favor! ¡No es para tanto!
- GUALBERTO: Es poco para lo que usted merece, maestro. (Al público) Seré breve, muy breve. Pues todos estamos impacientes por escuchar el verbo encendido de nuestro invitado. Este hombre preclaro no necesita que yo, un modesto trovador provinciano, lo presente. Porque, ¿quién es él? Nada menos que uno de los pilares en que se apoya nuestra tambaleante literatura contemporánea. Su obra de todos conocida, es como el rayo laser que perfora la coraza de la incultura. Yo, inmerecidamente estoy aquí, pues, un humilde vate provinciano que les dirige estas pobres palabras para presentarles... ¡Pero qué estoy diciendo! ¿Presentarles? ¿Acaso sería yo capaz de presentar a esta luminaria? ¿A este prohombre, que sólo por él se justifica la existencia del ser humano sobre la tierra? ¡No, no soy digno! Pues este profesor incomparable, este Hombre con mayúscula que se llama... El insigne maestro Don... (A Doña Eleuteria, en secreto.) ¿Cómo se llama el mestro, Doña Eleuteria?
- D. ELEUTERIA: (Consultando sus papeles) Andrés Bello.
- GUALBERTO: El maestro Don Andrés... ¡No! (Se dirige a donde está el profesor con el pretexto de tomar un caso de agua.) Perdón, maestro, he olvidado su nombre. Usted comprende... Los nervios, la emoción del momento...
- PROFESOR: Me llamo Sócrates Zorrilla.
- GUALBERTO: ¡Evidentemente! (Vuelve a su sitio.) ¡El insigne maestro Don Sócrates Zorrilla! ¡Sócrates, como el filósofo que bebió la cicuta sin pestañear rodeado de discípulos... ¡tal como lo está ahora el maestro!... a quien sólo faltaría la cituta.
- D. ELEUTERIA: (Despistada.) ¿No han preparado?
- GUALBERTO: (Disimulando el exabrupto) ¡Sólo sé que nada sé! ¡Ah, Sócrates, cuánto te debemos! ¡Qué palabras tan excelsas! ¡sólo sé que nada sé! Pido un minuto de silencio para reflexionar sobre el profundo alcance de esta frase. (Reflexiona. Largo silencio.) Gracias. ¡Sócrates Zorrilla! ¡Zorrilla, señoras y señores! Apellido señero, dramático, romántico. Apellido del notable autor de Don Juan Tenorio. (Recita en falsete.)
 ¡Don Juan! ¡Don Juan? Yo lo imploro
 de tu hidalga compasión:
 o arráncame el corazón,
 o ámame, porque te adoro.
- (Doña Eleuteria prorrumpo en aplausos, invitando al público a sumarse.)
- D. ELEUTERIA: ¡Bravo, Gualberto, muy bien!
- GUALBERTO: Gracias, gracias, no es nada. Pues bien, señor Presidente del Concejo Municipal, señor Prefecto del Distrito, señor Comandante de la Policía, señor Párroco, señor Director del Grupo Escolar, señora Presidenta de la ANEIPA, queridos consocios, distinguido público: el gran maestro don Sócrates Zorrilla/a^{va} deleitarnos en los vericuetos de un tema apasionante. Un tema cuya profundidad dejará profunda huella en el espíritu de los aquí presentes... y casi me atrevería a decir de las generaciones venideras. El maestro nos hablará de... Disertará sobre... (A Doña Eleuteria, en secreto.) ¿De qué va a hablar el maestro?

- D. ELEUTERIA: Del día del padre, creo.
- GUALBERTO: Hablará del día del... ¡No puede ser! (Se dirige donde el profesor y toma un vaso de agua.) Disculpe, maestro, ¿sobre qué va a hablar? Entienda... la emoción...
- PROFESOR: Hablaré sobre don Andrés Bello, padre del teatro venezolano.
- GUALBERTO: (Vuelve a su sitio.) El maestro don Sócrates Zorrilla disertará sobre el padre del teatro venezolano. ¡Figúrense: nada menos que del padre! ¡Y no de un padre cualquiera! ¡No! El no se referirá al padre del teatro costarricense, ni al padre del teatro ugandés, ni al padre del teatro bolchevique... ¡No, señoras y señores: nos hablará del padre del teatro venezolano, de lo nuestro, de lo auténtico, de lo ancestral, del llano! ¡Comprenden y justifican mi emoción? ¡Disculpan el que una furtiva lágrima escape de mis ojos glaucos? ¡El padre! (Llora.) ¡Papá!
- D. ELEUTERIA: ¡Cómo! ¿El señor es su padre, Gualberto?
- GUALBERTO: No, Doña Eleuteria, del teatro venezolano.
- D. ELEUTERIA: (Al Profesor) ¡Ah, picarón! ¿Y cómo antes dijo que no era?
- PROFESOR: ¿Qué no era qué?
- D. ELEUTERIA: (Con pícara sonrisa.) El padre.
- PROFESOR: (Completamente confundido) Le aseguro que yo...
- GUALBERTO: NO, "Bello" es el padre del teatro venezolano, Doña Eleuteria.
- DOÑA ELEUTERIA: ¿Y dónde está Bello?
- GUALBERTO: (En secreto) En Caracas, creo. Aunque no estoy bien seguro.
- D. ELEUTERIA: (Igualmente en secreto.) ¿Y no habría sido mejor invitarlo a él?
- GUALBERTO: Imposible. Se murió.
- D. ELEUTERIA: ¡No me diga! ¿Cuándo ocurrió esa desgracia?
- GUALBERTO: Hace bastante tiempo.
- D. ELEUTERIA: Mire, y yo no me había enterado. ¡Claro, con el periódico tan malo que tenemos! Seguro que no publicaron la noticia.
- GUALBERTO: (Al público.) ¡Don Andrés Bello! Andrés, nombre rotundo, contundente. ¡Qué zahiere como una coza, como un mazazo en el plexo! pero cuya reciedumbre es suavizada por apellido tan significativo. Tan de acuerdo con la personalidad de nuestro ilustre prócer. ¡Porque Bello es Bello! Sí, señores, bello de alma, de condición, de vida. ¡Y es el padre de nuestro balbuceante teatro! (Doña Eleuteria aplaude.) ¡El teatro! ¿Qué es el teatro?
- D. ELEUTERIA: (Recitando de paperreta.) El teatro es un espectáculo en el que personas presentes. los actores, representan ante un público, la obra escrita por un autor.
- GUALBERTO: O por ellos mismos. Gracias, Doña Eleuteria.
- D. ELEUTERIA: ¿No sería conveniente matizar ya con un número musical?
- PROFESOR: ¡Señora, se está haciendo tarde!
- D. ELEUTERIA: Hay tiempo. Tiempo para todo. Hasta para morir.
- PROFESOR: Sin duda, pero antes tengo muchísimo que hacer.
- GUALBERTO: Y yo estoy presentando al conferencista, Doña Eleuteria.
- D. ELEUTERIA: Es sólo una pausa. La pausa que refresca. Un acto artístico-cultural sin música es como comerse una arepa fría: absolutamente indigesta. Así dice, y con razón, nuestra querida consocia Adelina Guerrero, que inaugura próximamente una arepera en los bajos de su casa. Todo el mundo queda invitado. La especialidad de la casa será la arepa del pulpo. Y a preciossumamente módicos.
- PROFESOR: ¡Señora, yo...!
- DOÑA ELEUTERIA: ¡Cantaré, ya está! Pero sólo a pedido popular. Pese a ser presidenta de la ANEIPA, no impondré mis gustos ni parecer. Todo debe ser democrático en nuestro país. ¿Desean que cante, señor Presidente del Concejo Municipal, señor Prefecto, etc...? ¿Consocios? A ver, los que estén de acuerdo, los que quieran darme el sí, sírvanse manifestarlo con aplausos. (Se supone que el público aplaudirá -hay público para todo-. Y si no, Doña Eleuteria cantará de todas maneras.) ¡Gracias... gracias...! No esperaba menos de mis queridos amigos y coterráneos. Pues bien, voy a interpretar y como homenaje a nuestro invitado que nos ha ilustrado tanto con sus elevados conceptos.....

- PROFESOR: ¡Pero si aún no he dado la conferencia!
- D. ELEUTERIA: Vaoy a interpretar, digo, la inmortal página de Enrique Brandt: "Besos". (U otra canción similar.) Gualberto, por favor... El piano... (Gualberto sale de escena para tocar -presuntamente- el piano, a menos que haya un piano y al actor sepa tocar, lo cual sería mucho mejor por cierto.)
- PROFESOR: Señora... ¡le suplico, le ruego...! ¡No voy a tener tiempo!
- D. ELEUTERIA: (Inpértérrita.) El tiempo es oro, mi estimado señor.
- PROFESOR: Precisamente por eso, señora.
- DOÑA ELEUTERIA: ¿Qué mejor, entonces, que dedicarlo placentemente al deleite del espíritu? (Se escucha el piano y Doña Eleuteria canta. El pobre profesor quisiera hundirse en un abismo. Finalmente la canción concluye y ella agradece los aplausos, ruborosa.) Gracias... ¿Otra?
- PROFESOR: ¡No, por favor! Yo me muero.
- D. ELEUTERIA: Será dentro de un rato, más adelante. (Entra Gual Gualterio que va a ocupar su puesto.) O No todo debe ser golosinas. La vida es una alternativa de alegrías y tristezas, de placer y dolor, de lo bueno y lo malo. Por lo tanto, sigamos escuchando la conferencia. (Se sienta y se levanta el profesor.)
- PROFESOR: Señoras y señores...
- GUALBERTO: ¡Un momento, mi querido maestro, aún no he concluido de presentarlo! ¡Hágame el favor...! (Corrido, el profesor tiene que sentarse a regañadientes.) Volvamos a lo segundo, a lo intelectual, luego de habernos extasiado el espíritu y haber olvidado los pesares de nuestro diario vivir. Volvamos a Don Andrés Bello. Este gran escritor y educador, venezolanísimo, tan venezolano como el pico Bolívar, el Orinoco, el lago Maracaibo, nació en ... nació en... (va en busca de un vaso de agua.) ¿Dónde nació, maestro?
- PROFESOR: (De muy mala gana) En Caracas.
- GUALBERTO: ¡Dónde, si no! Siempre el voraz centralismo. ¡Pero no nos refiramos a su vida, que de ello se encargará el ilustre maestro aquí presente. Señoras y señores; esta autoridad reconocida en los ínclitos círculos internacionales, allí donde se dilucida el Premio Nobel y otros que se me escapan, nos ilustrará acerca del padre del teatro venezolano; (Doña Eleuteria aplaude y el profesor se levanta para iniciar su conferencia, pero Gualberto le indica que se siente.) ¡Maestro, si fuera tan amable! (El profesor se sienta de muy mala gana.) Todo el mundo conoce al incomparable Andrés Bello. Todos aprecian su copiosa y notable producción. ¿Quién puede ignorar las obras que escribió este genio del habla castellana, codificador de su gramática, poeta sin par? ¿Qué obras teatrales escribió? Todos las recuerdan, ¿verdad? (Y mira a Doña Eleuteria que se encoge de hombros. (¿Cuáles son estas obras? (Consulta al público. Luego se dirige a tomar un vaso de agua y habla en secreto al profesor.) Esta memoria, maestro.
- PROFESOR: ¿Qué quiere?
- GUALBERTO: No puedo recordar las obras teatrales que escribió Bello.
- PROFESOR: Aparte de precisas traducciones, compuso los dramas "Venezuela consolada" y España restaurada".
- GUALBERTO: (Volviendo a su sitio.) Como "Venezuela restaurada" y España consolada".
- PROFESOR: ¡No! "Venezuela consolada" y "España restaurada".
- GUALBERTO: Da lo mismo ¿no crees? Incluso deberían juntarse.
- PROFESOR: No veo cómo ni para qué.
- GUALBERTO: Porque en la unión está la fuerza. ¡El pueblo unido jamás será vencido! Pero no nos desviemos. Tantas obras de Bello que hoy nos maravillan, a pesar de su pobre temática, sus personajes mal trazados, su versificación ríspida, sus aburridísimos monólogos, sus...
- PROFESOR: ¡Señor!

- GUALBERTO: Son obras carentes de poesía y no suscitan más que tedio y sopor. Graciosas a veces, porque halagan los bajos instintos de mentes obtusas. Pero yo pregunto: ¿Dónde está la poesía? (Doña Eleuteria, que ha estado cabeceando, se incorpora sobresaltada.)
- D. ELEUTERIA: ¿Dónde está? A lo mejor no ha venido.
- GUALBERTO: (Golpeándose el pecho) ¡Aquí está la poesía! Porque, ¿qué es poesía?
- D. ELEUTERIA: (De paporreta.) Poesía es la expresión artística de la belleza por medio del verso.
- GUALBERTO: Bien dicho, Doña Eleuteria. "Belleza". Y yo pregunto: ¿Dónde está la belleza en las obras teatrales de Bello, por redundante que parezca. ¡En ninguna parte! Ni buscándola con lupa.
- PROFESOR: (Levantándose indignado y yendo donde Gualberto.) ¿Quiere callarse señor? ¡Está diciendo una cantidad increíble de sandeces! y parece olvidar que soy yo quien debe dar la conferencia.
- GUALBERTO: ¿Qué estoy diciendo qué, dice usted? (Lo enfrenta amenazador. El profesor se achica.)
- PROFESOR: Estimo en mucho sus conceptos, pero permítame que sea yo quien dé la conferencia.
- GUALBERTO: ¿Pero es que no vé que lo estoy presentando, mi estimado señor?
- PROFESOR: Y debo darla ahora mismo.
- GUALBERTO: Tendrá que esperar hasta que termine la presentación.
- PROFESOR: ¡Tengo que darla ahora!
- D. ELEUTERIA: ¿Qué sucede, por Dios? ¿A qué esta discusión.
- PROFESOR: Sucede, mi estimada señora, que yo quiero dar mi conferencia.
- D. ELEUTERIA: Pero, evidentemente... ¿Acaso hay algo que lo impida? (El profesor señala a Gualberto.)
- GUALBERTO: Sucede, Doña Eleuteria, que este señor no me deja que lo presente.
- D. ELEUTERIA: ¡Ah! Eso está muy mal. ¿No les parece que lo mejor sería pasar al segundo número musical?
- PROFESOR: Entiéndanme, por favor. Hagan un pequeño esfuerzo de comprensión. Consideran que tengo que dar la conferencia ahora mismo, porque se pasa la hora.
- D. ELEUTERIA: ¿Por dónde?
- PROFESOR: Ocurre que debo tomar el bus, debo viajar en un rato más a otro Estado. Aquí está mi pasaje ¿ven?
- GUALBERTO: ¿Y dónde está el problema?
- PROFESOR: ¿Pero no ve la hora que es? Ya estoy atrasado para dar la conferencia completa. Me verá obligado a hacer una síntesis.
- GUALBERTO: Tiene tiempo demás. Los buses pasan siempre atrasados.
- D. ELEUTERIA: Y a veces ni llegan. Cada cierto tiempo se desbarranca alguna en la curva que hay a la entrada de la ciudad. Sobre todo cuando llueve.
- GUALBERTO: Por último yo lo estoy presentando, señor, y no le voy a permitir un desaire.
- D. ELEUTERIA: ¡Qué ocurrencia! ¡Sería el colmo!
- PROFESOR: No está en mi ánimo desairar a nadie. ¿Pero no le parece que ya es suficiente?
- GUALBERTO: Suficiente qué.
- PROFESOR: Presentación.
- GUALBERTO: ¿Pero es que no ve que estoy siendo lo más breve que puedo? (A la fuerza conduce al profesor hasta su silla.) ¡Hágame el favor de sentarse! (Prácticamente lo obliga y luego vuelve a su sitio.) Señor Presidente del Concejo Municipal. Señor Prefecto del Distrito. Amigos todos. Obviamente yo no soy orador. Soy nada más y nada menos, que un bardo humilde, un yate melancólico, un trovador que canta cual las avechillas del campo, sin pensar en el mañana... Al no ser orador tengo la virtud de la brevedad. Con la mayor sobriedad espartana no encuentro adjetivos calificativos adecuados para presentar dignamente al maestro. Todos saben,

los aquí presentes,, que no soy más que un pobre poeta provinciano que alterna las musas con las gallinas. Que se baña en sudor recorriendo los ubérricos campos cubiertos de doradas mieses gracias al hálito ardoroso de Apolo. Todo el mundo sabe que no tiene ninguna importancia el que haya creado y escrito ocho libros de poemas, aún inéditos, siendo el más alabado por propios y extraños "La corrupción carmesí". Puede que quizá alguien recuerde que en mayo de 1965 se publicó, inmerecidamente por cierto, en la sección literaria de "El Nacional" dedicado en aquella oportunidad a nuestro Estado, parte de mi monumental poema "A la tierra". Por cierto que sólo se publicó la décima parte del epílogo, hecho que indignó a tirios y troyanos que se quedaron con la miel en la boca, y que enviaron miles de cartas de protesta que jamás se publicaron. ¡Pero, al fin y al cabo, qué importancia tiene todo ello! ¡Qué somos, sino un ínfimo corpúsculo desplazándose sin sentido por la inmensidad del universo, del espacio vacío! Y por tanto, ¿qué valor amerita el que yo, el más humilde poeta, haya sido socio fundador de todas las ciudades, pueblos y villorios? ¿Acaso vale la pena considerar que he sido condecorado dos veces por el ilustre Concejo Municipal, una vez con medalla de oro y otra vez con de plata, en premio y merecimiento a mi proficua labor cultural? ¡No vale la pena!

DOÑA ELEUTERIA: ¡Sí, vale!

GUALBERTO: ¡No!

D. ELEUTERIA: ¡Sí!

GUALBERTO: No, Doña Eleuteria, no vale nada. (Y llora.)

D. ELEUTERIA: No llore, Gualberto. Llegará el momento en que reconocerán sus méritos, tanto en Europa como en el Asia. La justicia tarda pero no llega.

GUALBERTO: Conmigo tarda ya demasiado.

PROFESOR: (Levantándose) ¡Y conmigo mucho más!

D. ELEUTERIA: ¿Qué dice?

PROFESOR: ¡Yo vine aquí con la intención de dar una conferencia!

D. ELEUTERIA: Ya lo sabemos, señor Bello.

PROFESOR: ¡Zorrilla! Y no puedo perder más el tiempo ¡ni el bus! Mañana debo dar la conferencia en otro pueblo, en otro Estado, muy lejos de aquí.

D. ELEUTERIA: ¿La misma conferencia?

PROFESOR: La misma. Para ello he sido contratado por el Concejo Nacional de Cultura. Para que haga una gira nacional con mi conferencia. Para eso me pagan.

GUALBERTO: ¿Le pagan?

D. ELEUTERIA: ¿Es posible?

PROFESOR: ¿Y creían que iba a estar perdiendo el tiempo aquí por puro gusto? ¿Por amor al arte?

GUALBERTO: ¡Le pagan!

PROFESOR: ¿Creían que me iba a echar a perder el hígado y los nervios por masoquismo? ¿Que me encanta destrozarme el estómago con los infernales guisos provincianos? ¿Que gozo rompiéndome los riñones en colchones incalificables de hoteluchos de mala muerte?

GUALBERTO: ¡Le pagan por la conferencia!

D. ELEUTERIA: ¿Qué cosa tan increíble, no?

GUALBERTO: ¡Y a mí nadie me paga por hacer la presentación!

PROFESOR: Ya ve. Por eso es mucho mejor que...

GUALBERTO: ¡Nadie me paga por mis versos! ¡Y tengo ocho libros inéditos!

D. ELEUTERIA: Antes nunca se pagaba a los conferencistas.

PROFESOR: Los tiempos cambian. Y yo soy un especialista.

GUALBERTO: No cabe duda de que en la capital todo se compra y se vende.

D. ELEUTERIA: ¡Hasta el honor!

GUALBERTO: En esa moderna Babilonia...

- D. ELEUTERIA: ¡Sodoma y Gomorra!
- GUALBERTO: Hasta el alma se prostituye.
- D. ELEUTERIA: Dudo que esos fariseos tengan alma.
- PROFESOR: ¿Comprenden, entonces, por qué es tan importante para mí el dar la conferencia? (Mira su reloj.) ¡Ya debería haber terminado!
- GUALBERTO: (Mirándolo con desprecio) Está claro.
- D. ELEUTERIA: (Igual) Muy claro.
- GUALBERTO: Pero yo, aunque no me paguen un centavo... ¡Haré la presentación!
- D. ELEUTERIA: Así me gusta, Gualberto. No permitiremos la prepotencia capitalina. En provincia somos pobres, pero honrados. Y conservamos indemnes los valores tradicionales de la nacionalidad.
- PROFESOR: Jamás he puesto en duda esos valores. Pero yo digo que...
- D. ELEUTERIA: Continúe con la presentación, señor Faloppio. No haga caso. Yo no sé a qué vienen aquí estos forasteros, donde nadie los ha llamado. (Derrotado el profesor se desploma en el asiento.)
- GUALBERTO: Todos los grandes hombres son modestos. Es su sine qua non. Nuestro conferencista está abrumado, como ustedes pueden verlo. Dice no merecer tantos elogios. Pero yo afirmo que se merece mucho más. Desgraciadamente no soy orador para tener la capacidad de exaltar cumplidamente sus merecimientos. El, que ha tenido el gesto invalorable de venir desde la capital para darnos una conferencia sobre... una conferencia sobre..
- PROFESOR: ¡Bello!
- GUALBERTO: Bello, eso es. Y no ha escogido para ello... ¡Oh, me salió en verso!
- D. ELEUTERIA: Sin mayor esfuerzo.
- GUALBERTO: Digo que no ha escogido para ello a la elevada Mérida. Ni a la industriosa Ciudad Guayana. Ni a la señorial Maracay. ¡No! De entre todas ha elegido nuestra pequeña, pero potente ciudad, para derramar su saber. Ese gesto lo conservaremos en nuestros corazones con gratitud eterna, y pido para él el más caluroso y fervoroso aplauso. (El profesor se levanta.)
- PROFESOR: Señoras y señores...
- GUALBERTO: ¡Muy justo, maestro! = (Lo obliga a sentarse.) Antes quiero expresar mi honda admiración por este gran hombre, recitando una poesía que he compuesto especialmente para la ocasión. Ella trazará mejor que estas pobres palabras los estremecimientos que siente mi alma ante su presencia superior de hombre iluminado. (Saca un papel y lee.)
- Guaicaipuro, Guaicaipuro,
flor de la lejana aurora;
eminente diapasión
que surgió del Guaire puro.
- DOÑA ELEUTERIA: (Extasiada.) Oh, ¡qué bello!
- PROFESOR: (Se pone de pie.) Señoras y señores. Don Andrés Bello, maestro del Libertador, es sin duda uno de los hombres más preclaros del siglo XIX.
- GUALBERTO: (Lo mira con sorpresa y continúa.)
junto a tu dulce compañera
caminaste por los páramos...
- PROFESOR: Hombre preclaro no sólo de Venezuela, sino del continente entero.
- GUALBERTO: En pos del arduo destino, trazados por los dioses seculares.
- PROFESOR: Porque si nos detenemos a cotejar... (Doña Eleuteria hace sonar vigorosamente la campanilla)
- DOÑA ELEUTERIA: ¡Señores! ¿Qué significa este pandemonium? Pónganse de acuerdo. O habla uno o habla el otro. ¡Pero así!
- GUALBERTO: Doña Eleuteria, este señor me está interrumpiendo.
- PROFESOR: Es este señor el que no se calla nunca, señora. (Nuevos y vigorosos campanillazos*)

- D. ELEUTERIA: ¡Orden! ¡Orden y progreso! (Al público.) Pido perdón a los presentes para hacer un pequeño conciliábulo y solucionar este ligero impase. Es cuestión de un momentito, nada más. No se vayan. Prometo que en pocos minutos más ofreceré a ustedes una de mis mejoras romanzas. ¿A que no adivinan cuál? Piensen, piensen. (Los tres personajes se reúnen a un lado del escenario.) ¿No les parece que sera mejor que la cantara ahora mismo?
- PROFESOR: ¡No!
- GUALBERTO: Qué le pasa, señor. Contrólese.
- D. ELEUTERIA: Eso mismo digo yo.
- PROFESOR: Cómo que qué me pasa. Se los he dicho hasta la saciedad.
- GUALBERTO: ¿Qué no ve que está aquí el Presidente del Concejo?
- D. ELEUTERIA: Y toda la gente visible del lugar.
- PROFESOR: Me importa un rábano el Presidente del Concejo y toda la gente visible e invisible de este pueblo.
- GUALBERTO: Repita lo que dijo, señor. (Encara al profesor.)
- D. ELEUTERIA: ¿Qué no le importa qué, dijo?
- PROFESOR: (Rectificando y achicándose.) No quise decir eso. Por supuesto que me importa.
- GUALBERTO: Este tipo nos menosprecia.
- D. ELEUTERIA: ¿Será posible?
- PROFESOR: ¡No, no! Por favor, entiéndanme. Es que me estoy volviendo loco.
- GUALBERTO: Si a usted no le importa, a mí sí me importa. Y mucho.
- D. ELEUTERIA: ¿Se vuelve loco? Váyase a otro pueblo. Aquí no hay manicomio.
- GUALBERTO: Me está escuchando toda la gente importante. Puede hasta que el Municipio se decida a publicar un libro mío.
- D. ELEUTERIA: ¡Era lo último que nos faltaba: que nos enviaran locos de la capital!
- GUALBERTO: Dígame, ¿tiene algo contra mí? ¿No le gusta que lo presenten?
- PROFESOR: Que me presenten, sí. Pero no que se pasen una hora lateando con cosas increíbles.
- D. ELEUTERIA: ¿Lateando?
- PROFESOR: No tengo nada contra usted, estimado señor.
- GUALBERTO: ¿Sabe con quién está hablando?
- PROFESOR: Disculpe, pero nunca había oído hablar de usted.
- D. ELEUTERIA: ¿Qué no conocía a Gualberto Faloppio? ¡Imposible!
- PROFESOR: Pues es así.
- D. ELEUTERIA: ¡Qué ignorancia, por Dios!
- GUALBERTO: Es la conspiración del silencio, doña Eleuteria. La enviadia... El miedo a ser despujados de sus falsos oropeles.
- D. ELEUTERIA: ¡Y tiene la pretensión de dar conferencias!
- GUALBERTO: Dígame, ¿qué le parece el poema que he escrito para la ocasión?
- PROFESOR: Espantoso.
- D. ELEUTERIA: ¿Cómo?
- GUALBERTO: ¡No sé cómo me contengo! ¡Si no fuéramos tan hospitalarios en esta ciudad!
- PROFESOR: Fue un lapsus. No quise decir eso. Lo que quise decir es que... con todo lo excelso de su poema, que aprecio debidamente... lo mismo que su hermoso canto, estimada señora... Lo que quiero decir es que la gente viene a escucharme a mí y no a oír cantos, ni poesías, ni presentaciones.
- GUALBERTO: (Riendo.) ¿Usted cree? Sepa, señor, que nadie tiene la menor idea de quién es usted. Y a nadie le importa un rábano, por usar sus palabras, lo que les pueda decir.
- PROFESOR: ¿Entonces, cómo es que el salón está lleno?
- GUALBERTO: Porque es gratis. Y porque además está lloviendo.

- D. ELEUTERIA: Y porque se fundió el proyector de cine, la gente no tiene dónde ir a esta hora.
- GUALBERTO: No sea tan modesta, Doña Eleuteria. La gente ha venido porque sabía que iba usted a cantar.
- D. ELEUTERIA: Y por escuchar su presentación, desde luego.
- PROFESOR: Lleguemos a un acuerdo. Parlamentemos como seres civilizados. Es preciso que yo dé la conferencia. De otro modo en Caracas no me pagarán.
- D. ELEUTERIA: No me imaginaba que hubiera gente tan apegada al dinero.
- GUALBERTO: En Caracas ni se enterarán de si ha dado o no la conferencia. ¿O tiene que llevar un cargo firmado?
- PROFESOR: Claro que no. Es por ética, por amor propio. Escuche, déjeme dar siquiera un extracto de la conferencia y después termina usted su poesía.
- GUALBERTO: ¡Qué cosa tan ridícula! ¿Dónde se ha visto que la presentación vaya después del presentado?
- D. ELEUTERIA: Una conferencia sola es terriblemente aburrida. ¿Sobre qué va a hablar?
- PROFESOR: (Estallando.) ¿Pero qué diablos tienen dentro del cráneo? ¿Cambures? ¿Guanábanas?
- D. ELEUTERIA: No grite, ¿quiere?
- GUALBERTO: Respete a las damas. ¿O no lo estilan los literatos de la capital?
- D. ELEUTERIA: Vienen acá a puro contagiarnos sus virus.
- GUALBERTO: (Remangándose.) Somos pacientes y hospitalarios. Pero tenemos buena sangre en las venas y excelentes músculos.
- PROFESOR: Perdón, perdón. ¡Me siento verdaderamente enfermo!
- D. ELEUTERIA: El público se impacienta. Creo que lo mejor es que pasemos a un número musical.
- PROFESOR: (Yendo casi a rastras a su silla.) ¡Es terriblemente tarde!
- GUALBERTO: ¿No le parece que mejor continúo con la presentación, D. Eleuteria?
- D. ELEUTERIA: ¿Y mi canto?
- GUALBERTO: En seguida, después.
- D. ELEUTERIA: Me parece bien. (Agita con vigor la campanilla.) Señor Presidente del Concejo Municipal. Señor Presidente del Distrito. ¡Amigos todos! Luego de este corto lapsus linguae, continuará haciendo la presentación del conferencista, nuestro admirable vate Gualberto Faloppio. (Aplaude y se sienta.)
- GUALBERTO: El poema sigue así... ¿Es necesario hacer un resumen de lo recitado?
- D. ELEUTERIA: Todos lo recordamos con deleite.
- PROFESOR: (Incorporándose con furia.) ¡Pues pese a quien pese, yo daré mi conferencia! (Y a continuación ambos hablarán al mismo tiempo, ante la sorpresa de Doña Eleuteria que mirando a uno y otro no haya que hacer, ni siquiera se le ocurre tocar la campanilla.)
- GUALBERTO: La cumbre se cubrió de aurora
y los abedules de neblina,
cuando Guaicaipuro a paso redoblado,
junto a su consorte núbil
dirigieron raudos su mirada prístina
por las oquedades del arcano inmenso.
¡Guaicaipuro, Guaicaipuro!
No te detengas, cacique.
camina, camina, camina,
que Zeus y Proserpina te esperan
a la vuelta del camino.
- PROFESOR: Don Andrés Bello, maestro del Libertador, también fue autor teatral. Pero esto fue un pasatiempo menor para el ilustre polígrafo. Compuso los dramas "Venezuela consolada" y España restaurada". Además tradujo al castellano obras de Voltaire, Moliere, Dumas y Sheridan. También ejerció la crítica teatral en

Chile, país donde murió. Por ser el hombre más preclaro, hombre de letras que escribe exitosamente obras de teatro en la reciente república venezolana, merece que se le llame con justicia: ¡Padre del teatro venezolano! Muchas gracias. Y me voy, porque voy a perder el bus. Con permiso. (Se va.)

GUALBERTO: Y así fue que Guaicaipuro caminaba ceñudo y frígido como las nieves frías.

(Se da cuenta de que no está el profesor.) ¿Y el conferencista Doña Eleuteria?

D. ELEUTERIA: Parece que se fue.

GUALBERTO: ¿Qué se fue? ¿Y sin escuchar mi poema? ¿Ni mi presentación? (Muy airado.) Señor Presidente del Consejo Municipal. Señor Prefecto del Distrito, Señor Comandante de la Policía. Señor Párroco, Señor Director del Grupo Escolar, señora Presidente de la ANEIPA, ¿vamos a permitir tamaño desaire? ¿Vamos a aguantar que un don nadie, un infeliz ganapán, semianalfabeto enviado por el centralismo burocrático, que, como siempre, está de espaldas al país, al verdadero y auténtico país que somos nosotros: los provincianos... Que este ladrón de la cultura venga acá a echarnos su fétido aliento de mercenario y encima se permita insultarnos?

D. ELEUTERIA: Dijo que tenía que tomar el bus.

GUALBERTO: ¿Escuchan, señores? ¿Qué les parece? No le interesábamos para nada. Y así sucede en todos los órdenes de cosas. Para el centralismo burocrático antinacional y feudal, los provincianos no somos más que las sombras de Platón. Esos malditos capitalinos! Mejor dicho, capitalistas... ¡Eso es! ¡Capitalistas de la capital!... Esos imperialistas que sojuzgan al tercer mundo que somos nosotros, los provincianos. Esos imperialistas se burlan soezmente, brutalmente. ¡No, amigos todos, compañeros, camaradas: esto no debemos, no podemos permitirlo! ¡Provincianos de todo el mundo, uníos! No permitamos que los capitalistas se rían de nosotros. ¡Vamos a darles una buena lección! Ese estúpido que vino acá a hablar cuatro vaciedades sobre un dramaturgo de quinta categoría que a nadie interesa, ese corsario intelectual no tomará el bus. ¡Lo juro por la Cornucopia carmesí! En los días que le resten de vida se acordará de este pueblo y de su poeta predilecto Gualberto Faloppio. En su miserable cuerpo llevará grabado para siempre el "Canto a Guaicaipuro" que no ha querido escuchar. ¡Vamos! ¡Adelante, consocios de la ANEIPA! ¡O vivir con honor, o morir con gloria! ¡El que sea valiente, que me siga! (Se va.)

D. ELEUTERIA: (Tocando la campanilla) ¡Orden! ¡Orden y progreso! Por lo visto tendremos que dar término a este acto. Lástima, porque pensaba cantarles un aria. Para otra vez será. Antes de irse no olviden que la arepera de Adelina Guerrero está próxima a inaugurarse. Y pónganse al día en sus cuotas, de otro modo éste será quizá el último acto artístico-cultural de la gloriosa ANEIPA. ¡Se levanta la sesión!

FIN

Departamento de Drama
18 de junio de 1985

brr

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP